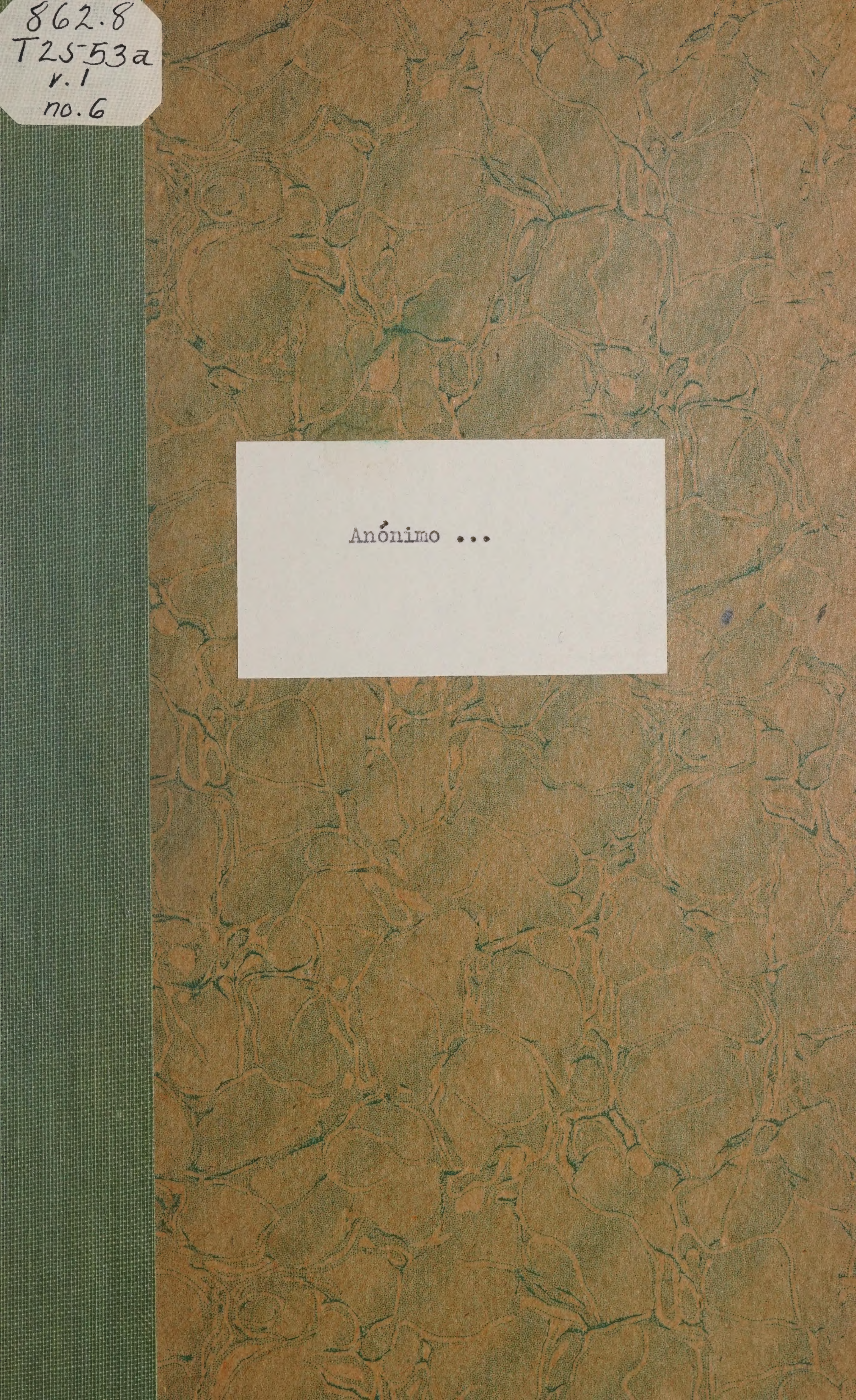
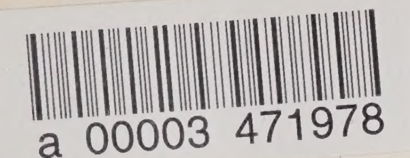

Anónimo ...


a 00003 471978

MERO.

DEL DUQUE

ERG.

e solo.

Duque. Ya es necesario á cualquiera costa atacar los progresos del mal que me amenaza. O! ¡cuán poco sirve la cautela ni el poder contra la actividad de una pasion! Traté de desviar á Teodoro mi hijo de un amor que le envilecia: me valí para ello de medios suaves, y nada adelanté; antes bien conocí que era dar pábulo al fuego de su pecho: abracé otro partido que pareció mas ventajoso para lograrlo: troqué la afabilidad en despego, el amor en ira, y queriendo quitar sus esperanzas le hice ver muerta á la que amaba, y acabé de perderme, y de perderle: su amor pasa los límites del sepulcro: sin esperanzas de poseerla la ama aun con la pasion mas violenta, y le veo en estado de perder la vida. Ay hijo mio! tu tenáz deseo y mi crueldad son tus verdugos. Parece que la Providencia nos cas-

1 *

tiga en satisfaccion de los delitos de mi padre; pero Dios y los hombres son testigos de que no perdoné ni súplicas ni lágrimas en defensa del inocente Federico, y que fueron inútiles. Mi padre resolvió su ruina; y el poder que con el Emperador tenia le arrastró al precipicio de esta resolucion injusta; sin embargo en los últimas instantes de su vida se arrepintió de su calumnia, y á instancia de mis ruegos confesó su culpa, y retractó la infamacion del prófugo y perseguido amigo mio. O Dios! Tú sabes cuántas y cuán activas diligencias he hecho en busca de él, y cuánto deseo la felicidad de esta desgraciada familia. ¿Pues por qué me castigas en mi hijo con tanta crueldad? ¿han de ser perpétuas su afliccion y la mia? cuánto tarda! No vivo, no sosiego hasta que....

Sale Frosart.

Fros. Señor! Señor!

Duq. ¿Qué extremos son esos despues de tan larga ausencia?

Fros. Que ya es el mal mayor de lo que yo pensaba.

Duq. Cómo! acaba de declararte: ¿murió mi hijo?

Fros. No señor: pero homicida de sí mismo apresura la carrera de sus dias: morirá sin remedio.

Duq. Ahora te acobardas? ¿ahora me exasperas, cuando eres la causa de su dolor y el mio?

Fros. Ah, Señor! no puedo menos de confesar que mis consejos han sido crueles, pero la intencion pura.

Duq. Infame! ¿Es este el consuelo que me preparas? ¡confesar que has sido criminal, y causa de la ruina de mi amado hijo!... con que yo le pierdo sin remedio? no te confundes malvado? no tiembias mi justa venganza?

Fros. A todo me resigno; pero suplico á V. E. no olvide cuál es la primera causa de mi delito: al hacer de mí una total confianza, en recompensa de mi aviso me digisteis: Frosart, á cualquiera costa es necesario separar á mi hijo de ese amor criminal.

Duq. Cierto: pero no amiginé que produjera el medio que adopté, por tus persuaciones, tan funestos efectos.

Fros. Serene V. E. su espíritu agitado: nada haga mas fácil si se arrepiente de haber sido justo, que volver á la vida á Carolina, y enlazarla á Teodoro: vues-

tro gusto es ley inviolable, que yo no debo contradecir.

Duq. No, no amigo, háblame en el lenguage de la verdad: mi amistad te permite seas el censor de mis acciones; desde este instante te autorizo con todas mis facultades: dispon á tu arbitrio; separa á mi hijo de la pasion que le maltrata, y me confesaré deudor de una eterna gratitud. Cual es su actual estado?

Fros. El mas triste lastimoso para quien no conozca que es tenacidad y orgullo. Ya sabe V. E. que enlutó su habitacion y criados, é hizo figurar en ella un magnífico sepulcro en la estátua de su amada, cuyo fúnebre expectáculo le arranca copiosas lágrimas: dia y noche le distrae, y sumergido en eterno llanto á nada contexta acorde, sino á lo que se le habla con relacion á Carolina.

Duq. Desdichado!

Fros En los raptos de furor que posee su corazon declama terriblemente contra V. E., siempre culpándole de cruel, y haciéndole autor de la muerte de Carolina.

Duq. Pues acaso sabe?

Fros. O! Nada absolutamente: si lo supiera quién estaria exento de su furor?

Duq. Pues se atreviera?... *Con severidad.*

Fros. Señor, un corazon desesperado nada atiende, nada respeta: sosiéguese V. E. le diré el último recurso que me sugiere la idea. ¡Qué no meditaré por complaceros! La confianza de Teodoro ha de ser el apoyo de nuestras intenciones. Yendo á consolarle esta mañana le hallé mas alterado que otras veces: suspiraba continuamente: el torrente de sus lágrimas era incesante, y su descompostura temible: el profundo silencio de los criados, los himnos fúnebres que resonaban á lo lejos acompañados de tristes voces, infundian terror al espíritu mas alentado: despues de algunos instantes de silencio empecé á persuadir á vuestro hijo, que separase de sí aquella horrible tristeza, pues con inútil llanto no habia de volver á Carolina á la vida; pero hube de dejar mis inútiles persuaciones, porque le vi al punto de desesperarse. Al fin acomodándome á sus ideas, por descubrir los secretos de su pecho, y exigiéndole la confianza de sus pensamientos, me dijo de esta suerte: ,,Amigo, si te interesa mi vida y mi sosiego, tú solo puedes redimirme del caos de desesperacion en que me precipita mi dolor.''

Duq. Y bien, cuál es su deseo?
Fros. Ver á Corolina.
Duq. Pues sabe?....
Fros. Nada absolutamente.
Duq. Pues cómo quiere verla?
Fros. Muerta.
Duq. ¿Cómo es posible complacerle, si entregada al letargo que le originó la confeccion que le diste para hacerla creer difunta, se la llevó de mi órden á la reclusion donde existe? Por otra parte ¿qué idea es la suya de volver á ver el cadáver? Yo juzgo que él ha sospechado...
Fros. Nada, Señor, nada: dice qae quiere verla para darla el último á Dios, que con esto solo quedará tranquilo.
Duq. Fácil era complacerle: pues dando á Carolina segunda vez la confeccion... pero no, no... quizá se frustaria nuestro proyecto, si con mas serenidad de espíritu la examinase.
Fros. No hay que temer ese riesgo. El efecto de mi ardid es seguro, y Teodoro quedará satisfecho de haber visto á Carolina, siendo todo una apariencia.
Duq. Cómo! acaba de explicarte.
Fros. De esta suerte: El sepulturero del hospital espera las órdenes de V. E. para presentarse; yo le he hecho venir para

que no haya demora en la ejecucion de mi proyecto: este se dirige, supuesto el soborno, á que V. E con amenazas le obligue á quedar secreto, y le de órden de que desentierre un cadáver lo menos de quince dias: este ha de conducirle al sepulcro donde Teodoro juzga está sepultada Carolina; y allí colocado en un magnífico ataud, se le manifiesta, a fin de que el horror de la muerte le haga aborrecer la que tanto amó.

Duq. Me parece bien: ¿pero si las resultas son funestas?

Fros. En ese caso será una satisfaccion no haber perdonado medio alguno para sanarle de la pasion de ánimo que le acaba.

Duq. Pues bien, di á ese hombre que se presente.

Fros. Obedezco. *Yéndose.*

Duq. Oye: cuidado que mi hijo no sepa jamas que yo he prestado mi consentimiento. En este caso, crea que tu solo...

Fros Entiendo, entiendo. Ay Carolina! *Ap.* ¿Si despues de tantas máquinas y riesgos seré dueño de tu hermosa mano? *Vase.*

Duq. Si por este medio no se consigue su quietud, me veré en la precision de abandonarle; pero á un solo destello de esperanza te presentaré á la bella Matilde, y

quizá el amor triunfará del mismo amor: es hermosa, de igual clase á la mia, y siendo su esposo reprimirá los ímpetus de su libre juventud.

Salen Frosart y Guillermo.

Guill. Paz sea en esta casa.

Duq Acercate, buen hombre.

Guill. No lo afirme V. E.

Duq. Por qué?

Guill. Porque no son buenos todos los que lo parecen.

Fros. Mira que hablas con el gran Duque.

Guill. Lo sé; pero con este lenguage hablo á Dios, que es mas que el Duque.

Duq. Pareces hombre desenvuelto.

Guill. Soy una criatura que habla verdad, entre las pocas que tienen esta virtud.

Duq. No dejaria de alterarte el haber sido llamado aquí sin saber el motivo.

Guill. El hombre de conciencia tranquila de nada se altera, ni espera mal suceso por verse ante sus Jueces, y grandes Señores: aseguro á V. E. que estoy tranquilo, y deseoso de saber en que pueda sarvirle: sí señor, servirle: que todos nos necesitamos, y cada uno en su clase puede ser útil.

Duq. Tienes razon: dime, ¿tendrás valor para emprender una grande accion?

Guill. Segun sea: si es en daño de mi prógimo, ó en ofensa de Dios, no le tengo, por que me intimida la eternidad: por otra parte para las árduas empresas no son los hombres humildes.

Duq. Por qué causa?

Guill. Porque la puerta que sale de quicio, da sobre la cabeza del que la mueve, y le derriba en tierra: así temo que me suceda, si me empeña V. E. en alguna empresa superior á mis fuerzas. Ahora, en mi clase, puedo asegurrar que soy hombre de valor, y nada me intimida.

Duq. En tu clase he menester de ti.

Guill. Pues siendo así, mandadme: á mi cargo está el cementerio del hospital; mi egercicio es enterrar los muertos; no se hacer otra cosa de mas entidad.

Duq. Tambien sabrás guardar un secreto?

Guill. Si me importa á nadie lo confio: haga V. E. lo mismo, y lo acertará.

Duq Hay casos en que es indispensable un confidente.

Guill. Y puedo yo serlo del Duque Cárlos?

Duq. En este casó sí: yo necesito de ti, en el supuesto de guardar un perpetuo silencio, porque si descubres á criatura alguna este secreto, pagarás con la vida.

Guill. Señor, no esperaba yo que me hon-

rase V. E. con tanto extremo, haciendo de mi una confianza que no tiene precio.

Duq No riene precio?

Guill. No señor; porque si la confianza tiene el precio de una vida, la vida de una criatura no le tiene.

Duq. Pues la tuya le tiene.

Guill.. Cuál?

Duq. El secreto.

Guill. Se conoce que no sabe V. E. vivir.

Duq. Por qué?

Guill. Porque á tan bajo precio tasa las vidas.

Duq. Toma á mas ese oro: tómale: qué te detiene?

Guill. Estoy reflexionando que voy á perder mi providad.

Duq. Qué dices?

Guill. Que el que puede mandar y manda con justicia, no persuade con el ruego del oro, si el precepto es justo: (*Con entereza.*) ¿por qué V. E. me impone silencio á costa de la vida? El crímen sole es el que busca la obscuridad del secreto: la ejemplar virtud debe publicarse, porque se reconozca el virtuoso.

Duq. Basta de sofisterías: á ti no te toca examinar mis ideas, sino obedecer. Toma el dinero: no tengas reparo, que en

vez de un crímen vas á hacer una buena obra.

Guill. De misericordia las hago cada instante: si gusta V. E. acabe de instruirme.

Duq. Oye: yo necesito que desentierres un cadáver, y le conduzcas secretamente al mausoleo propio de mi familia, allí le dejarás en un magnifico ataud, que encontrarás al intento: y á su debido tiempo, á las órdenes de Frosart, le volverás á su lugar primitivo; qué dices?

Guill. Qué he de decir? que obedeceré sin replicar. Pero qué cadáver ha de ser?

Duq. Una muger.

Guill. Una muger?

Duq. qué te admira?

Guill. Que ni aun despues de muertas están seguras de los hombres, habiendo sobradísimas en la Corte que se vendrán ellas á buscar, sin necesidad de que vayais á sacarlas de los sepulcros.

Duq. Advierte que ha de ser jóven, y lo menos de quince dias.

Guill. Señor! de quince dias? pues ya estará...

Fros. Bueno. Así es necesario.

Duq. Frosart, instrúyele del caso con todas sus circunstancias. Y tú procura observar el mayor disimulo.

Guill. Eso es mentir, y no se si podre hacer-

lo, estando acostumbrado á hablar verdad.

Duq. Toma este oro.

Guill. Eso es decir que él me enseñará á olvidar la verdad. (*Toma el oro, y mirándole dice:*) O! no me engañarás, que yo desistiré de la empresa, si á costa de un crímen he de ser tu dueño, para que tú despues lo seas de mi corazon.

Duq. Estoy viendo que he hallado en ti cuanto habia menester: aplaudo tus bellos sentimientos, y estoy persuadido, á que en sabiendo que mis intentos se dirigen á volver á la obediencia de un padre á un hijo ciego y desconocido, que corre precipitado á sepultar sus dias en un caos de infelidad, coadyuvarás con tu ingenio á tan justo fin.

Guill. Siendo así, no debe dudarlo V. E.

Duq. Lo aseguro por mi honor.

Guill. Lo creo, lo creo; no por el oro recibido, sino porque mis juicios no son temerarios, ¿con que este caballero acabará de instruirme?

Duq. Sí.

Guill. Pues, Señor, el tiempo es precioso para malgastarlo en conversaciones superfluas.

Duq. Sírveme con fiedelidad, que en ello estriba mi sosiego, y tu dicha, si sabes ca-

llar: de no, mi castigo será terribls. A Dios. *Vase.*

Guill. El guarde á V. E.

Fros. Sigueme.

Guill. Vamos allá. Sabes lo que digo?

Fros. Que?

Guill. Que se parece el Duque á la trompeta del juicio.

Fros. Por que?

Guill. Porque antes que ella hace saltar los muertos de la tierra.

Fros. Graciosa comparacion.

Guill. No, no; si salgo con bien de esta me hará el Duque muchísimo favor en no acordarse mas de mí.

Fros. Por qué causa.

Guill. Porque veo que los grandes señores, honrando amenazan, y amenazando premian; piden favor, y ofrecen la recompensa en dos extremos; ó prosperidad en la vida, ó funesta muerte; y esto es, amigo, un caos de confusion, que solo puede penetrarle un astuto cortesano, nò un simple sepulturero. Reid en buen hora; pero no cambio yo la tranquilidad de mis muertos, y la quietud de mi huesa, por todos los palacios de los grandes señores, aunque en ellos se cuente el del grande Alejandro.

ACTO SEGUNDO.

Salon propio de la habitacion de Teodoro, entapizado de paños negros: en medio de esta habrá un sepulcro que imite al mármol con la estátua de Carolina; varios criados vestidos de luto, y al lado opuesto Teodoro, sentado junto á una mesa, Música fúnebre á lo lejos con la letra siguiente:

Musica.

Bajo la loza fria
yace en tumba desierta
el alma mia yerta
porque era el alma mia.
Escucha, ó Carolina,
el llanto mio tierno
desde el descanso eterno
de la region divina.

Teodoro, despues de un profundo silencio, con voz doliente dice:

Toad. Carolina, bien mio, dónde huiste? ¿cómo me dejaste abandonado sobre la tierra? ya en ella mis tristes ojos no volverán á verte, no, hasta el dichoso seno

de nuestro descanso, sé que acabaste para mí. Ah! ¡qué mal hado influye nuestro amor! ¿qué enemigo de nuestras dichas violentamente rompió el lazo que reunia nuestros corazones? ¿será posible que haya sobre la tierra una alma tan cruel é impía? ¿será posible, inocente Abel, que no haya en mí resolucion para vengarte? Sí la habrá: cruel, tiembla, tiembla.,. ¿pero contra quién doy fomento á un loco dolor? contra mi padre. Ah! si tal no fuera, si fuera otro, infelice de él, mil vidas que tuviera le quitara. Ah! mi juicio quiso seguir á mi felicidad cuando hizo fuga de mi pecho tras ti..... Y bien, por qué he de atormentarme? si es dar desahogo al corazon, basta: mostremos el semblante risueño: padezca interiormente la memoria, que el bueno del recuerdo bastará à acabar con mi vida.

Sale Frosart.

Fros. Señor, señor, vengo lleno de satisfacciones.

Teod. Cómo? caro amigo, tu alegría me promete venturas, si es posible que las tenga un hombre tan desdichado: has conseguido?...

Fros. Sí señor, todo; verá V. E. á Carolina.

Teod. De qué medio te has valido?

Fros. Del oro, único recurso para allanar dificultades: busqué, soborné al sepulturero; me ha prometido el secreto, y está resuelto á llevaros al sepulcro á la hora que le ordenes.

Teod. O consolador mio!... *Abrazándole.*

Fros. Tened; qué es esto?

Teod. Demostrarte mi gratitud: sí, de ella eres digno, y de mi amor.

Fros. O! cuánto avergüenzan los elogios al interior de quien no los merece!

Teod. Dónde está el sepulturero?

Fros. Espera vuestras órdenes.

Teod. Qué te detiene? al momento corre, condúcele á mis brazos.

Fros. Voy, señor. *Vase.*

Teod. Qué haceis vosotros parados? (*A los criados.*) Id tambien, acompañadle hasta aquí. O qué placer! Carolina, mis tristes ojos volverán á verte! ¿aun existe su estructura?

Salen Frosart y criados, delante Guillermo.

Guill. Estoy admirado! ¡qué escolta tan lucida me acompaña! ¡qué sin número de afectadas cortesías! Vaya, me harán creer que un sepulturero es un hombre de cuenta. Señores, naturalidad y franqueza, que es á lo que estoy enseñado, porque pasan por mi mano tantos desengaños de

la vida, que nada me es apreciable como la verdad, y lo mas que veo en el mundo es mentida apariencia.

Fros Señor, aquí está aquel sugeto.

Teod. Bien venido, amigo mio (*Corre á abrazarle.*)

Guill. Estoy à vuestros pies con la mayor sumision y respeto.

Teod. Retiraos. (*A los criados.*) Si mi padre viniere à verme, avisad al momento. (*Vanse los criados.*)

Guill. Perdonad mi curiosidad: Señor, qué significa este luto?

Teod. El que ha vestido mi alma por la pérdida de la que amaba; por la que era mi consuelo, mi felicidad; en fin por mi Carolina: sí era mia, yo nací para ella, y ella para mí: nuestras almas por simpatía se conformaron; nos amábamos con la pasion mas síncera; sí era mia.

Guill. Era.... Y quién os la ha quitado?

Teod. La muerte.

Guill. En igual caso es un sentimiento permitido hasta un grado lícito, porque lo cierto de un mal inevitable ha de tener el corazon preparado à la conformidad.

Teod. No me hables de conformidad, habiendo perdido à Carolina.

Guill. ¿Ha de volverla V. E. à la vida por

atormentarse?

Teod. Si no sirve mi dolor para volverla à la vida, servirá de un testimonio à el universo entero de cuanto la amaba. O muerte! ¿cómo no respetaste en su hermosura à la mejor perfeccion de la naturaleza? ¡Que no haya fuerza en lo humano para resistirte!

Guill. Una verdad tan infalible duda V. E., Señor? llegado el plazo, es inevitable: lo mismo iguala al grande que al pequeño. Ah! si fuese posible sobornarla, la mitad de los que yacen en la nada existirian aun.

Fros. La mitad?

Guill. Sí, porque todos no tendrian oro para hacerla injusta: Señor, si ha de ser muy larga la sesion tomaré asiento, que tengo muchos años encima, y me pesan demasiado: amigos, esta carga no se puede soltar en ninguna parte; si así fuera, muchos iríamos al descargadero.

Fros. Olvidas que estás en la presencia del Duque heredero de Vitemberg?

Guill. Ya lo sé: bien me acuerdo; pero yo tambien soy heredero de un gran reyno.

Fros De un gran reyno?

Guill. Sí, el del Cielo: me es ofrecido por mi Criador: ademas estoy enseñado à tratar con mucha familiaridad con mis ami-

gos, y Teodoro ha dicho que lo soy suyo.

Teod. Y vuelvo à repetirlo.

Guill. Ah Señor! V. E. no puedo serlo verdadero.

Teod. Por qué?

Guill. Porque mis verdaderos amigos son aquellos que llegan al estado en que no pueden adulterar la verdad; pues hacen ver á todos que no eran lo que parecian: aquellos que no envidian ya las lisonjeras vanidades, para quienes se acabaron los placeres del mundo, y ya en sus corazones no reyna el odio ni la codicia, pues solo exigen por derecho de caridad siete pies de tierra en que dormir su último sueño.

Teod. ¡Cuánto deseo llegar á este feliz estado! Sin Carolina, ni quiero ni puedo vivir: la veré por última vez, y moriré consolado.

Guill. Bien; pero reflexionando que toda aquella hermosura es ya un horrible esqueleto; qué va V. E. à ver un despojo de la miseria humana, que desmayará su valor á vista de....

Teod. El horror de la muerte no puede intimidarme á presencia del objeto de mi amor.

Guill. Pocas trazas tiene de sanar esta locura: (*Aparte.*) últimamente, Señor, estoy

resuelto à complacer á V. E. ¿Cuándo quiere ver el cadáver?

Teod. Esta próxima noche, entre dos y tres horas de ella, te espero, y los dos solos nos dirigiremos al mauséolo.

Fros. Si V. E. gusta, yo le acompañaré.

Teod. No, mi valor no necesita de favorecedores; yo voy à ver à mi amada, y no puede preocuparme otra idea.

Fros. El Cielo quiera que por este medio recobre vuestro corazon la perdida tranquilidad.

Guill. (*Aparte*) Vaya, es una infamia engañar á quien no lo merece; mucho serà que pueda disimular. Yo no sé por qué el Duque no habrá buscado: para hacer este papel, entre los personages de su palacio, uno de aquellos entremetidos que aparentan mucho sin ser nada, y que por adularle venderian la virtud á el mas bajo precio.

Teod. Estaràs á la hora señalada?

Guill. Puntualmente.

Teod. Està seguro de mi gratitud: cuidado, que no fies á nadie el secreto, porque si mi padre lo supiese....

Sale un criado. El gran Duque *Vase.*

Fros. Todo lo hemos perdido.

Teod. Ocúltate al instante.

Guill. No tema V. E., que para con el Duque tengo premeditada una disculpa: nada importa que me halle aquí.

Teod. Nos perdemos todos si no disimulamos.

Sale el Duque. ¿Hasta cuándo celebraràs en tu casa las exequias de tu dama?

Teod. Señor, os suplico que no me atormenteis, y que honreis la memoria de mi esposa.

Duq. Qué dices, insensato? Si tal supiera, aun despues de haber desatado la muerte el nudo santo del matrimonio, mi furor desataria los de tu vida. ¿Tu esposa, una muger envilecida? Teodoro, mira que ya ha llegado el término que debí á mi sufrimiento, y que olvidaré soy padre, si tú prosigues en olvidar los respetos que debes tributárme.

Teod. Dueño sois de hacerme humillar la cervíz à la fuerza; pero mi alma no se desnudarà jamás de su negra tristeza, no podreis atajar el raudal de mis lágrimas. Nada, nada me hará olvidar á Carolina.

Duq. Así sería, si te permitiese por mas tiempo que existas en este retiro, acompañado de estos enlutados objetos que te la representan viva en la imaginacion; pero no será, no; yo sabré separarte de

este sitio, y...

Teod. Ah! no, padre mio, no: traspasad mi pecho, y no ofendais la imágen de la que adoro, antes que privarme de este pequeño consuelo que disfruta mi afligido corazon en esta soledad.

Duq. Qué ceguedad! (*Aparte.*) por mas que me esfuerzo á aparentar dureza y crueldad, me lastima su situacion.

Guill. En estos casos, lo mejor es oir, ver, y callar.

Duq. Basta: ¿tú quieres precipitarme á cometer un enorme exceso llevado de mi cólera? Quién es este hombre? (*Repara en Guillermo.*) qué busca aquí?

Teod. Señor, es un amigo que me consuela en mis desgracias.

Guill. Ya lo oye V. E., dice que soy su amigo; prueba de que he acertado á complacerle.

Duq. Ya le entiendo. (*Aparte.*) Yo te conozco: tu eres el que dió (*A Guillermo.*) sepultura â Carolina.

Guill. No señor, no la he visto en mi vida: no la conozco, no la conozco. (*Con prontitud.*)

Teod. Bien disimula. *Aparte.*

Duq. Perfectamente finge! (*Aparte.*) ¿Y son estos (*A Teodoro.*) los grandes sugetos

con quien tu amistad se asocia? Miserable, (*A Guillermo.*) si no quieres ser objeto de mis iras, sal al momento de esta casa.

Guill. Señor, si V. E. me halla aquí, es por cumplir los preceptos que me impone....

Duq. No necesito disculpas: calla, y obedece.

Guill. No replico: Voy asombrado! (*Yéndose.*) qué bien se manifiesta aquí una cosa, y se entiende otra! Ya veo que entre ciertas gentes anda la verdad vestida de mil colores; pero nunca la ponen el trage de la ingenuidad. *Vase.*

Duq. Teodoro, espero por mi amor procurarás acreditar con la enmienda, que amas y respetas á tu padre: lee este pliego; medita en él, y me darás respuesta despues de haber reflexionado; que de la ejecucion á la amenaza de mi enojo no hay mas distancia que la que divide tu obediencia de mi precepto. Frosart, sígueme. A Dios. *Vase.*

Teod. Amigo mio, cuidado: silencio.

Fros. Sabeis que os amo, y soy leal. *Vase.*

Teod. Todos se han ido: gracias al Cielo que me dejan solo mis pesares; si cumplirá Guillermo su oferta..! Si las amenazas de mi padre le habrán intimidado..! él parece atrevido y valeroso: veamos este

plego; veamos qué nueva crueldada han maquinado contra mí.

Lee. ,, Teodoro, persuadido á que reconocerás el yerro que cometes en esa obstinacion criminal, pues te hace inobediente, y que adoptarás la enmienda, quiero poner cuantos medios están de mi parte, para demostrarte que no exijo con violencia lo que pudiera mandar como absoluto Señor; y porque no sea el triunfo de tu pasion, hijo solo del respeto ni de la fuerza, te elijo una esposa de igual lustre al tuyo, virtuosa y bella: los placeres honestos del amor conyugal desterrarán de tu memoria esa pasion que te alucina: resuélvete á recibir la mano de la hermosa Matilde..." Cómo! yo ser perjuro à mi dueño? infiel à mi Carolina? no, no será: soy tuyo: para mí no existe mas muger sobre la tierra, mas felicidad ni mas amor: verás mi resolucion.

Con grandes voces se dirige hácia donde se fue el Duque.

Padre, padre, oidme; acabad mi vida, que en nada la aprecio si ha de ser á costa de olvidar á Carolina; no penseis intimidarme; jamas, jamas podreis conseguirlo. *Vase.*

ACTO TERCERO.

La Escena representa la casa de Frosart.

Fros. Todos mis proyectos se verifican segun pensaba: el Duque cree sincero mi celo; me entregó á Carolina para ponerla en la reclusion; pero está en mi poder; y si supiera perder la vida ha de ser mia: de nada me ha servido el rendimiento con esta orgullosa muger, hasta que me he visto precisado á cambiar los halagos en desprecios, las súplicas en amenazas, y en mandatos las persuasiones. Veré cómo cumplen mis criados los preceptos de su dueño. Ola. (*Toca una campanilla.*)

Sale Coleluk. Estoy á las órdenes de V. S.

Fros. Qué ha resultado de la prision de Carolina?

Colel. Señor, nada favorable: gime incesantemente, os maldice, y á tal extremo llega su desesperacion, que creo ha de perder á su rigor la vida.

Fros. Bueno: perfectamente: pues quiere padecer, padezca, que yo me gozaré con su pena así como ella se goza con la mia. ¿Se han cumplido mis órdenes en cuan-

to al tratamiento que se le ha de dar de hoy en adelante?

Colel. En una parte, sí señor.

Fros. Y por qué no en el todo?

Colel. Me ha parecido conveniente usar alguna indulgencia con ella.

Fros. Indulgencia...! bien: veremos si tú la mereces por no haberme obedecido: qué alimentos se le han llevado á la prision?

Colel. Unos caldos, pan blanco, y unos desperdicios de aves.

Fros. Desperdicios de aves, he? ¿y por qué no se la ha llevado pan del que comen mis esclavos, y un poco de agua sin mas delicadeza?

Colel. Estaba tan desmayada, que una congoja la alcanzaba á la otra, y por temor de que espirara, á fuerza de instancias la hice tomar alguna cosa.

Fros. La han puesto en la argolla?

Colel. Si no puede tenerse en pie, ¿cómo era dable que sufriese sin morir la opresion de la argolla, y el peso de la cadena?

Fros. El lecho supongo que será una sola tarima.

Colel. Una muger tan delicada me pareció que no podria soportar tanta incomodidad.

Fros. Pero al fin la sufre: en esta parte habrás cumplido fielmente mi órden.

Colel. Sí señor, excepto una piel de oso que la he puesto sobre las tablas.

Fros. O amigo mio! perfectamente: (*Con ironía.*) buenos caldos, desperdicios de aves, y una piel de oso! Pérfido, esa alma afeminada saldrá hoy de tu miserable cuerpo.

Colel. Señor, por piedad.

Fros. Calla, indigno: ¿no sabes que de nada han servido hasta hoy mis obsequios? ¿qué efectos te parece producirán esas inútiles contemplaciones? el dilatar mi triunfo. Pues no será, no será, que él te harà obedecer ciegamente mis preceptos.

Colel. Señor...

Fros. Ola? (*Salen Zaremlaá y criados negros.*)

Colel. Tan grande es mi delito que así me castigais?

Fros. Si lo ignoras yo te lo haré entender.

Zareml. Dice muy bien mi amo: es un pícaro, que merece... (*Aparte.*) Yo no sé por qué le regaña; pero el que no adula no vive.

Fros. Ya sabes su perfidia? me alegro que la conozcas.

Zareml. Sí señor: es un pícaro, un perro desleal; en una palabra, es un esclavo para ser todo lo malo que hay que ser en el mundo.

Fros. ¡Despues de buenos caldos, y desperdicios de aves, una piel de oso!

Zareml. Una piel de oso! los caldos y las aves pasen; pero una piel de oso! ó, eso es una inhumanidad robar una piel de oso: eh?

Fros. No, no la ha robado, la ha puesto á Carolina en la prision.

Zareml. Lo mismo es eso que robarla, y merece...

Fros. Dilo: tú has de ser el juez que sentencie esta causa.

Zareml. Pues ponedle tres dias en el cepo á pan y agua.

Fros. O, es poco castigo para su crímen: al instante llevadle al poste, atadle de pies y manos, y sufra la pena de doscientos palos.

Colel. Señor, misericordia.

Fros. Pídela á Dios, que de mí no has de haberla; tu castigo servirá de un egemplo para los demas; y será el seguro de mi secreto. Compasion, eh? en mi casa cada uno ha de tenerla de sí propio: ea, llevadle.

Colel. Señor, siempre he sido fiel; no olvideis tan breve mis buenos servicios: ved que mi vida acabará al rigor de esa sentencia.

Zareml. Vamos, no hay mas vida ni mas muerte que palos.

Fros. A ti te encargo la ejecucion.

Zareml. Sí? pues menos digresiones, que hay mucho que alzar y bajar los brazos para doscientos palos.

Fros. Te daré cien cequíes si te portas bien.

Zareml. No quedará V. S. descontento.

Fros. Vamos, llevadle, que he de presenciar yo su castigo. *Vase.*

Colel. O Dios! fortalecedme, y vengadme de estos crueles asesinos.

Zareml. Vamos, vamos á ganar estos cien cequíes. *Vanse.*

Mutacion de subterráneo, con postes de peñas rústicas, alumbrado por una lamparilla. Carolina estará apoyada sobre la tarima.

Carol. En este horrible y tenebroso sitio, propia mansion de los delitos, gime oprimida mi inocencia sin esperanza de alivio. O Dios! ¿es posible que tu suprema justicia no despida un rayo sobre mi opresor? Ah Teodoro, si supieras el peligro á que se halla expuesta tu Carolina, y su infelice situacion, ¿cómo era dable que no corrieras á socorrerme? amor mio, qué será..! lo que de mí lejos de tu amable vista, y sin esperanza de volver á

verte. Ay madre! amada madre, tú ignoras mi estado fatal; cuántas lágrimas habrán vertido tus ojos por tu infeliz hija, nacida para apresurar la carrera de tus dias, y no á prolongarlos.

Dentro golpes.

Dent. Colel. Señor, piedad.

Dent. Zareml. De poco te quejas aun.

Carol. Parece que esta severa voz habló conmigo: de poco te quejas? ¿pues qué nuevas desgracias puedo esperar? ¿el rigor del destino que me persigue no está aun satisfecho? Ay Teodoro mio, sin ti qué va á ser de mí? desde el dia que te perdí para siempre, y al volver de mi cruel desmayo me hallé en casa de Frosart, cuánto no he padecido! sí, él por vengarse de mi resistencia ha tramado nuestra ruina. He aquí, insensato! el que tú tenias por amigo, la recompensa que te preparaba á tu amistad: ah Teodoro, si lo supieras! si lo supieras!

Dent. Colel. Acabad de una vez esta infeliz vida.

Carol. Hablas conmigo, doliente voz..? es este el consuelo que se me prepara?

Dent. Colel. Ay de mí! *De mas cerca.*

Carol. Qué será esto? ¿qué lastimeros ayes resuenan en los cóncavos de estas peñas?

si acaso habrá otro infelice padeciendo en este sitio...? (*Ruido de la puerta de la prision.*) Qué ruido es este? Luz se divisa: será mi piadoso carcelero, de él sabré la causa que origina mis temores.

Salen Frosart, Zaremlaá y criados; unos con luces, otros conducen á Coleluk, desnudo de medio cuerpo, cubierto de heridas y sangre.

Colel. Acabad de una vez mi vida.

Carol. Qué horror! aquí conducen á un infeliz moribundo: esta es sin duda obra de mi opresor dirigida á intimidarme. Ay Teodoro, ¡si supieras á lo que está expuesta Carolina!

Fros. Atadle á ese poste, viva ó muera: (*A los criados.*) he aquí la causa de tu castigo: (*Sañala á Carolina.*) veamos si ella basta á aliviarte: veamos si hay alguno que se atreva á contradecirme y enojarme. *Le atan.*

Colel. Pocos momentos sufriré el martirio que se me prepara: mis fuerzas desfallecen: Dios de las justicias, vengad mi injusta muerte. *Con voz débil.*

Fros. Sí vénguete en buen hora, yo lo deseo: pero he aquí sobre quien debe recaer el castigo: esta muger es la causa de tantos estragos: ella, ella es la delincuente.

Carol. Yo, mónstruo abominable? aun tienes valor para justificarte? ¿no tiemblas la ira del Cielo? perverso!

Fros. Por qué? ¿en qué no se dirigen mis acciones por el camino de la verdad? ¿tú hasta ahora de qué tienes que quejarte? Oyeme, Carolina, mira que ya se acaba el sufrimiento; acuerdate de los beneficios que me debes: ya sabes que el Duque Carlos, cerciorado de que á su desobediente hijo le tenias esclavo en los lazos de un ilícito amor, se resolvió á castigar en ti el engaño, y en su hijo la bajeza de sus pensamientos: á tu misma vista le arrebataron ministros de justicia, de órden del padre, el cual ardiendo en ira quiso acabar tu existencia á los estragos de un tósigo activo: yo que oí la fatal sentencia, me encargo de verificarla; y por qué? por salvarte; como lo hice, trocando el veneno en una confeccion que adormeciese para hacer creer al Duque tu muerte: y luego que hubo satisfecho su enojo, te conduje á la causa de tu libertador: he aquí lo que debes al hombre que llamas impío. El Duque segunda vez volvería à decretar tu muerte, si imaginara que no se habia verificado la sentencia; pero yo lo puedo todo sobre su

corazon: si te resuelves á ser mia alcanzaré tu indulto: saldrás á ver la luz del dia, y gozar de mis muchas riquezas, y á ser el único dueño de mis acciones: ya empieza la noche; te concedo de tiempo de aquí á mañana á esta hora, para que te decidas; hasta entonces no volveré á molestarte, á Dios.

Carol. La misma me hallarás siempre; sí, es inútil esperes trueque mi agradecimiento en amor.

Zareml. Señor, si no me engaño (*Observándole.*) ha muerto Coleluk.

Fros. Bueno: así os enseñará á vosotros á obedecer: cuidado; tiemble mi furor el que se atreva á prestar á esta muger orgullosa el menor alivio: quede aquí este fruto de su ingratitud, y recuérdela la suerte que le preparo.

Carol. Ah cruel! ten alguna piedad de una muger á quien dices que amas.

Fros. Tenla tú de mi amor, si quieres que la tenga contigo: vamos.

Zareml. Piedad, he? no es malo el pago que tiene la piedad. *Vanse.*

Carol. Triste Carolina, ¿qué esperanzas te quedan ya de libertad, sometida en todo á este perverso, y perseguida del padre de Teodoro? ¡Qué objeto tan horroroso

han dejado ante mis ojos para intimidarme! O infeliz Coleluk, ¿por qué no me dejaste perecer? desdichado! tu sensibilidad ha sido la causa de tu muerte.

Coleluk va volviendo de su desmayo.

Colel. Supremo ser, confortadme en estos últimos instantes de mi vida.

Carol. Qué oygo! aun vive: amigo mio! (*Corriendo á desatarle.*)

Colel. ¿Quién es quien se adolece de mis desgracias?

Carol. La misma que las ha causado.

Colel. O, no, infelice Señora: las ha causado el deber de mi humanidad; pero no me arrepiento; y por tan justa causa como ha sido aliviar las desgracias de mis semejantes, muero gustoso. Qué haceis? (*Carolina le acaba de desatar.*)

Carol. Pagar el beneficio que me hicistes, y por el cual padeces: ven, apóyate sobre mis hombros.

Colel. Muger compasiva, dejame espirar en este estado, de todos modos moriré sin remedio.

Carol. Morir: no, amigo mio; el Cielo me proporciona medios para aliviarte. (*Condúcele á la tarima.*)

Colel. Es inútil todo; muero, no hay remedio; pero aprovecharé los últimos mo-

mentos de mi vida antes que se sepulte conmigo un secreto que debo manifestarte.

Carol. Habla, haz de mí confianza, nada temas.

Colel. Apenas puedo respirar; aquí á la siniestra mano hay una losa blanca, sostenida por el pie de algunos peñascos, que fácilmente se mueven: registrad la caberna á ver si la hallais.

Carol. A qué efecto?

Colel. Miradlo, no pierdas el tiempo; despues acabaré de instruiros.

Carol. Voy á complacerte. Dios inmenso, salva la vida de este infeliz. *Vase.*

Toma una luz, y vase por lo interior; Coleluk, con voz mas débil, y algunos movimientos que por instantes va alterando, dice.

Colel. Libertemos esta inocente víctima de las manos de mi asesino: sí; concluyamos la vida tributando consuelos al afligido... Señora... Carolina... venid... oid... yo muero... por esa parte podeis salvaros... La losa encubre... la boca de... O Dios! perdonad à mis enemigos... recibid mi espíritu... Carolina, por la losa.

Queda con el cuerpo pendiente de la tarima al suelo, y sale Carolina.

Carol. Coleluk, he hallado efectivamente la

losa, y que puede moverse fácilmente: dime qué quieres ahora. (*Deja la luz, y llega á reconocerle.*) O Dios! qué es esto? ha espirado? sí, no hay duda: infelice! ni aun el consuelo has tenido de saber que tus últimas voluntades serian cumplidas! qué queria decirme? qué misterio encubrirá la losa: fácilmente se mueve, me dijo... pues voy á derribarla, y quizá bajo de ella hallaré luces que me hagan conocer cuáles eran sus designios. En tanto, Dios mio, prestadme valor para triunfar en la lucha que prepara (*Toma la luz.*) á mi honor el poder y la tiranía. (*Vase por el centro.*)

ACTO CUARTO.

El Teatro representa el mauséolo de los Duques de Vitemberg, de magnifica arquitectura, adornado de estátuas: tendrá dos puertas en sus términos: no habrá mas luz que la de una lamparilla: por la puerta interior, dejándola cerrada, saldrá Guillermo con una linterna, y Teodoro con capa y espada.

Teod. Qué pavoroso y horrible seno de tristeza!

Guill. Mas horrible es el del vicio, y nos abandonamos á él.

Teod. Qué respeto infunde este lugar!

Guill. Decid pavor, que todos le tenemos á la muerte.

Teod. Esta es su estancia.

Guill. No tal: su estancia es el mundo, y esta la de sus víctimas.

Teod. O Dios! es posible que aquí acabe la existencia del hombre, y que este sin fin sea indispensable!

Guill. No hay cosa mas cierta ni mas olvidada.

Teod. Dónde te fuiste, luz de mis ojos? ya no oiré mas tu dulce voz, ó muerte, con qué velocidad corres!

Guill. El cuento es que viene donde no la llaman.

Teod. Por eso de mí que la llamo huye.

Guill. Es tan justa que no lleva de mas, ni quiere de menos: si no es hora aun, nada importa que la llameis, que ella á todos complace.

Teod. Tan cruel es?

Guill. Mas crueles hay algunas criaturas que se abandonan á ella, olvidando la eternidad del alma, y tú eres uno de ellos.

Teod. Yo?

Guill. Sí: tú quieres comparecer ante el tribunal del Eterno, cubierto de un crímen irreparable... Si tú quieres á fuerza de

atormentarte acabar con una vida que no es tuya: falta miserable; oye la voz de Carolina, que por mí te habla desde el centro del sepulcro. ,,Seductor de mi inocencia, qué quieres de mí? ¿no te basta haberme arrebatado la virtud en la vida, haberme hecho cómplice de tus crímenes; sino que tu loca ceguedad se atreve á interrumpir mi descanso?"

Teod. Cómo? qué es esto? me has conducido á este lugar para atormentarme, ó para proporcionarme consuelos?

Guill. Para hacerte conocer la verdad: si tu ciego delirio te ha dejado algun sentido libre: óyeme: yo vivia tranquilo en la soledad de mi albergue, resignado con los males que me afligen, y de ella me sacaste para hacerme cómplice de tu delito. Aquellas obras de misericordia que puedo egercer sin necesidad del oro, es mi continuo empleo, y contigo quiero egercer una de las mas piadosas, dándote consejos, pues, los has de menester: mi intento es separarte de esa pasion criminal, y para ello he presentar á tu vista dos ejemplos poderosos: uno el desengaño de la vida en esta estancia; y otro el de mi resignacion á las altas disposiciones de la suma Providencia.

Teod Cielos, qué hombre es este, (*Aparte.*) al dulce persuadir de sus palabras se ha suspendido mi furor. No hallo voces para contradecirle.

Guill. Sí, querido Teodoro; oye mis voces, que te conviene escucharlas; mira, muchas criaturas que nacen con aquella esplendidez de sus antepasados, aparecen siempre lo que son hasta la muerte, en que hacen ver que su grandeza y prosperidad era una apariencia, porque en sí son todos nada; pero yo nací á ser una contradiccion de esta general regla ¿me ves confundido en este trage humilde parecer un hombre de baja esfera? pues soy menos de lo que fuí, y no soy lo que parezco, porqe aun he de ser nada, excepto el alma que ha de vivir á la par de la eternidad: en este estado de miseria, impropio de mi cuna, me pusieron imposturas é impiedades de los hombres; hice fuga de mi patria, y me fijé en este pais, donde por huir la muerte, vivo entre sus estragos: he aquí una causa que parece disculpable, si me entregase á la desesperacion; pero considero que la suma Providencia lo decretó así, y que debo resignarme á sus altas disposiciones, no haciendo mayores mis desdichas en ator-

mentar mi memoria. Teodoro, mira cuàn justo es mi pesar; yo abandoné á mi amada esposa, y á una hija, primer fruto de nuestra dulce union; pero me consuelo al fin con la certidumbre de que el Ser supremo vela siempre sobre los inocentes, á quienes oprime la injusticia y tiranía: amable jóven, si las desdichas hubieran de llorarse continuamente, todos, apenas abrimos los ojos á la luz de la razon, debiéramos llorar la muerte inevitable á que nacemos sentenciados. Si Carolina murió, nació para ello, se cumplió su sentencia; tambien la tuya y la mia han de cumplirse, y el universo entero tambien dejará de existir.

Teod. No se qué responderle: un sudor frio cubre mis miembros; O verdad! cuán poderoso es tu imperio para quien quiere conocerte.

Guill. Si estas razones no tranquilizan tu espíritu y destierran de tu pecho esa pasion que te hace criminal, anda, precipítate en el abismo que te preparas: sea víctima de tus furores esa vida, cuyo peso te parece insoportable, consuma tu obra, hazte rebelde á los preceptos de tu Dios, no obedezcas su santa ley; pero tiembla su justicia; su vengadora espada

vibra sobre tu cabeza; ven, verás al ídolo de tu adoracion: ven, verás lo que has de ser: ven, (*Cogiéndole el brazo.*) verás la terrible muerte que te amenaza.

Teod. Ah! no, deteneos, basta; yo miré à Carolina con los ojos de un amor casto, es verdad; por mi tenacidad me le hace culpable.

Guill. Ven la verás, qué te acobarda?

Teod. Por piedad no me atormentes mas: tus palabras han helado el fuego de mi amor.

Guill. Pues á qué hemos venido aquí? no fue à ver à Carolina?

Volviendo á su primer carácter.

Teod. Sí, yo queria complaciendo el sentido de la vista, ofuscar mis potencias, y aumentar mis penas para acelerar la carrera de mis dias.

Guill. Pues bien, satisfaré tu deseo.

Teod. Estoy muy lejos de ello.

Guill. Qué te detiene?

Teod. El imperio de la verdad: ó Angel del Cielo, sin duda enviado de él para sacarme del caos de error en que me precipitaba mi locura: mas que la imperiosa autoridad de un padre irritado, ha podido en mi corazon la elocuencia de vuestras palabras: sí, ya reconozco mi error,

y me arrepiento; ya me resuelvo á olvidarlo todo.

Guill. Creo que la cura repentina de vuestra dolencia no es efecto del miedo, sino del reconocimiento del delito: famoso lugar este para volver á la razon á tanto infeliz, sumergido en el vicio, como hay en el universo.

Teod. Amigo, dejemos este triste sitio, que cada instante aumenta mi terror. Jamás creí que ninguna criatura tuviese sobre mi corazon el dominio que habeis adquirido: tomad la luz, iluminad con ella mis ojos, pues con la de vuestras palabras habeis iluminado mi razon; vamos, glorias de que habeis vuelto mis ideas del camino del crímen al de la virtud.

Guill. Vamos; ¿el temor y la razon á quién no vencen?

Se dirigen al interior del Teatro: Guillermo habre la puerta que cerrò, se presenta en ella Carolina y se arroja á sus pies.

Corol. Piadosos moradores de este santo asilo, favor.

Teod. Qué veo, Carolina!

Reconociendo á Carolina retrocede con precipitacion, y ella lo sigue.

Carol. O Dios! qué oygo! Teodoro, Teo-

doro, no huyas de mí, no me niegues tu amparo.

Guill. Muger, tente. (*Deteniéndola.*)

Carol. Dejadme correr á sus brazos.

Teod. Pálido horror, qué me quieres? ya estoy resignado á los decretos del Cielo; ya, si antes te amó, te olvida Teodoro. (*Asombrado.*)

Guill. Qué misterio es este?

Carol. Ya me olvidas? tan pronto se extinguió la llama de tu amor?

Teod. No puedo oponerme á los decretos del Cielo.

Carol. Pues pérfido, porqué en otro tiempo me alucinaste?

Teod. Ya sé cuál es mi delito, y me arrepiento de él; perdona, alma de la que mas amé sobre la tierra, ya te dejo en la paz de tu descanso.

Carol. Falso amante, qué paz, cuando por ti perdí la de mi corazon; cuando por ti me veo perseguida y expuesta á perder la vida, que llamabas tuya en otro tiempo.

Guill. Aquí media algun engaño: (*Aparte.*) Teodoro, sosiégate: está mugar existe, vuelve en ti, la conoces? (*Arrimando la luz á Carolina.*) es Carolina?

Teod. Vive? será posible? *Dudoso.*

Carol. No, no me conoce: ver su tibieza;

cuando creí que le volviera loco la alegría de verme..? pero haces bien: niégame, desconoceme: yo tambien detesto de ti, y aun de mi vida, pues la aborreces.

Teod. Vive..! vive..! sí, ella es: (*Corre precipitado á sus brazos.*) bien mio, es posible que vuelvo á verte? tú respiras? tú me hablas..? Amigo, sueño? hacedme conocer que estoy dispierto, que es realidad lo que miro y toco.

Guill. Ya penetro este arcano: á estos desdichados jóvenes los separa violentamente el poder.

Carol. Teodoro, es posible que eres el mismo? me amas aun?

Teod. Sí, te amo, y amaré à pesar de mi padre, á pesar de los perversos que intentan separarnos: juré ser tu esposo, y lo cumpliré aunque exponga para ello mi vida.

Carol. Cuánto he padecido sin ti!

Teod. Y yo? aquí tienes un testigo de mis penas.

Guill. Tambien lo soy de la trama detestable que os ha urdido la malicia.

Corol. Teodoro, donde estamos? qué lugar es este? arrebatada de mi afecto he venido al sepulcro.

Teod. Sosiégate, no temas; yo sabré arrebatarte de él, y de las iras de un padre

cruel. Pero qué ha sido de ti? los ojos lo están mirando y aun dudo de tu existencia.

Carol. Oye: desde el dia que te arrebató de mi vista la cólera de tu padre, al volver de mi funesto desmayo me hallé en casa de Frosart: no te diré el por menor de mis desdichas, basta que sepas que intentó ultrajar mi honor, y viéndome opuesta á su designio, me enceró en una tenebrosa caberna.

Teod. Cómo? á tanto se ha atrevido ese pérfido? cómo te salvaste del peligro?

Carol. A costa de una vida: el tirano la quitó à mi carcelero porque alivió en alguna parte mi situacion funesta.

Teod. ¡A Carolina, qué pronto rendirá ese pérfido la suya á los filos de mi espada!

Carol. Mi piadoso carcelero espiró en mis brazos, y en el último vale de su vida me hizo reconocer una losa que ocultaba la entrada de una mina; penetré por ella, guiada de la luz que me dejaron en la prision, y me hallé en el campo, á corta distancia de la ciudad. Los ladridos de los perros me condujeron á ella; y aquí, una luz que divisé à lo largo: sin duda fue la de esa linterna cuando veniais á este lugar.

Teod. ¡De qué medios se ha valido la cruel-

dad para separarnos! pero inútiles todos. El dia que me trajeron la noticia de tu muerte, mi sentimiento y la desesperacion fue inexplicable.

Carol. La noticia de mi muerte?

Teod. Sí, corrí fuera de mí á tu casa, mi padre no me lo impidió, y mis ojos te vieron exánime: perdí el sentido, y cuando volví en mi acuerdo me hallé en el lecho, cercado de inútiles consoladores: el uno de ellos mi tirano padre, que por calmar mi dolor me ofreció sepultar tu cadáver en este mauséolo, propio de mi familia... á él vine á llorar sobre tus cenizas: mi mente ofuscada, mi corazon lleno de tristeza predujeron el asombro que has notado al verte en este lugar.

Carol. Tropezando en mi mismo miedo iba buscando donde refugiarme: en mi fuga llegué á la portada de este edificio, y buscando un asilo, penetro en él, y me hallo con mi amado y fiel Teodoro.

Teod. Y bien, Guillermo, ¿eres tú uno de los cómplices de esta maldad?

Guill. Sí, involuntario: basta deciros que fue precepto del Duque condesciendese á vuestro ruego, y os enseñase el cadáver, que no debia ser el de Carolina, sino otro: Yo ni os he engañado, ni dejé

de obedecer su precepto. ¿Qué me podeis echar en rostro? mi principal intento fue apartaros de una pasion injusta, así me la pintaron vuestro padre y Frosart, los que me hicieron creer que Carolina no existia.

Teod. Ya lo comprendo todo: vil Frosart, si te escondieras en las entrañas de la tierra, no estarias libre de mi venganza.

Guill. Sosegaos, y acabad de instruirme: ¿cual es la causa de la oposicion de vuestro padre para este enlace?

Teod. La clase de Carolina, inferior á la mia; quise saber su orígen por si encontraba tradicion de que gozase nobleza; pero su madre jamas ha querido publicar patria ni nombre.

Guill. Habeis nacido en Alemania?

Carol. Sí Señor; pero ignoro el pais?

Guill. Qué años teneis?

Carol. Veinte y dos.

Guill. Cuál es el nombre de vuestra madre?

Carol. Matilde.

Guill. Matilde..! tambien puede ser... babeis oido el nombre de vuestro padre?

Carol. No señor, de edad de dos años dice mi madre que quedé huérfana: algunas veces anegada en llanto me decia: hija mia, no es digno de tu clase este estado

de infelicidad en que nos vemos: naciste destinada á mayor suerte; pero la impostura nos ha confundido en el olvido.

Guill. Dónde podré ver á vuestra madre?

Teod. En la casa que yo le proporcioné para su asilo.

Carol. Mi madre vive en libertad? qué gozo, cielos!

Guill. Dónde es la casa?

Teod. Yo os lo diré: antes de todo, caro amigo, es necesario atender á Carolina: no me abandoneis; hasta aquí habeis sido mi consolador.

Guill. Y bien, qué he de hacer?

Teod. Proporcionarla un asilo en vuestro albergue.

Guill. No lo apruebo: en mi casa no está segura Carolina.

Teod. Pues qué haremos?

Carol. Resolved, que viene el dia.

Guill. Vuestros criados son fieles?

Teod. Hasta ahora así lo he experimentado.

Guill. Pues bien: Carolina poneos esta capa. (*se la quita.*) viéndola así al entrar en vuestra casa creerán que yo os acompaño: id, no os detengais: ocultadla en vuestra casa, que brevemente sereis felices, ó tendrá la tiranía una víctima mas.

Carol. Pero en la casa de Teodoro.. mi honor.

Teod. Es mio: tú eres mi esposa.

Guill. Dice bien Teodoro; os ama mas de lo que pensais para quebrantar sus juramentos. No olvideis las señas de esa casa.

Teodoro se acerca á la luz, escribe en un libro de memorias con el lapicero, y se lo da á Guillermo.

Teod. Tomad.

Guill. Bien: no os detengais mas: á Dios: sed hombre de resolucion si llegase el caso; pero siempre respetando vuestro padre.

Teod. Yo sabré cumplir con mi deber: vamos, dichoso quien vuelve á gozar de tu amable compañía! Frosart, teme, que ya se acerca el momento de tu ruina. *Vanse.*

Guill. Llegó el instante que no esperaban ver mis ojos... despues de tantos años de penalidades y secreto... pero en fin, no hay remedio, es necesario descubrirme: sí, en la suposicion de que sean ciertas mis sospechas, quiero salvar mi honor y el de mi hija, aun cuando muera en un suplicio su desdichado padre.

ACTO QUINTO.

Salon del primer acto: el Duque y Frosart aparecen.

Duq. Querido Frosart, llega á mis brazos.

Fros. Señor, V. E. eleva mi humildad

mas allá de la esperanza.

Duq. Sé que Teodoro se ha convencido á la razon, y á tí te se debe el triunfo; pero es preciso concluir nuestra obra. Desentendiéndote de todo preséntate á Teodoro, háblale de mis justos sentimientos, pondérale mi amor, júrale en mi nombre que su felicidad me interesa, como la propia mia.

Fros. Lo haré así; pero V. E. debe obligarle de todos modos á que admita una esposa que no desdiga de su clase, para evitar que vuelva á caer en su delirio, y para que si algun raro acontecimiento le descubre á Carolina, no le quede esperanza de volver á...

Duq. Dices bien: á esa infeliz muger quiero ponerla lejos de estos paises, casándola de mi mano. Qué te parece de mi modo de pensar?

Fros. En él se deja ver la grandeza de vuestra alma. Por otra parte Carolina es bastante dócil, su abandono fue un afecto de pusilanimidad: en ella, un esposo que sepa conducirla, grabará bellos sentimientos, y cualquiera hombre honrado puede aspirar á su mano. Yo al menos no tendria reparo alguno en ser...

Duq. Entiendo.

Fros. Por serviros solo...

Duq. Bien: lo pensaré, lo pensaré.

Fros. Pues me pongo en manos de V. E., en tanto que cumplo sus preceptos con la lealtad que he acreditado. (*Aparte.*) Todo se dispone á medida de mi deseo. *Vase.*

Duq. Este fiel amigo no perdona medios para ganar mi voluntad; y en verdad que basta con lo hecho para que le ame eternamente.

Sale un Criado. Señor, un anciano solicita la gracia de hablar á V. E.

Duq. Qué quiere tan de mañana?

Criad. Dice que un asunto importantísimo le conduce.

Duq. Qué clase de sugeto es?

Criad. De trage humilde.

Duq. Dile que pida por un memorial.

Criad. Señor, que se lo he insinuado, y porfía en hablar á V. E.

Duq. Ha dicho el nombre?

Criad. Se lo he preguntado, pero no quiere descubrirlo á otro que á V. E.

Duq. Al fin será nada tanto misterio, dile que entre. (*Vase el Criado.*) ¡O qué pesada carga es la del poderoso si ha de sostener el carácter de justo! cuántas veces es necesario deponer el respeto á medida del deseo de los ignorantes, que llaman

orgullo á lo que solo es dignidad.

Sale el Criado, y Guillermo vestido de militar humilde, afeitada la barba, y una cicatriz que se perciba en ella hasta la boca.

Criad. Entrad.

Duq. Acércate buen anciano; qué solicitas?

Guill. Hablar á V. E. sin testigos.

Duq. Retírate. (*Vase el Criado.*) Habla ahora.

Guill. Ante todas cosas, humillado, exijo una gracia; porque de no compadeceros de mi, acabará mi vida á vuestro rigor: sé que mis palabras han de irritaros, pero prometedme tolerarlas, y no interrumpirlas; que en ello estriba vuestra tranquilidad, y el bien de una familia respetable, cubierta de oprobio é ignominia.

Duq. Qué estrañeza de solicitud! hombre, quién eres? yo quiero conocerte.

Guill. Concededme lo que os suplico, y todo lo sabreis.

Duq. (*Aparte.*) Yo he visto muy de cerca á este hombre otra vez... Habla, pero no olvides que soy yo quien te escucha.

Guill. La verdad pocas veces llega á los oidos de los grandes señores sin disfraz, unas por temor de incomodarlos, otras porque aquellos que apoyan en la adulacion y el engaño sus interesados deseos,

por el propio provecho, la visten de diversos modos, segun les conviene para sus ideas, y no como debian: pero no será así en este caso, que en la verdad estriba redimir el honor ultrajado de una ilustre familia, y la inocencia oprimida de un hombre virtuoso.

Duq. (*Aparte.*) ¿A dónde irán á parar éstas prevenciones que dispiertan mi atencion?

Guill. Vuestro padre Alberto Teodoro, gran Duque de Vitemberg, que descansa en mejor siglo, de nuestro augusto monarca Leopoldo (cuya vida prospere el Cielo) fue la mayor privanza: obtuvo el cargo de gran Canciller del imperio, y por él se regía la voluntad del Soberano: tal fue la dicha de acertar á complacerle en sus primeras operaciones: en esta época Enrico Rey de Bohemia declaró guerra al imperio, pretextando un justo derecho de sucesion á los estados de Kelvuk y Paniatoski, que entonces reconocian por su legítimo dueño al augusto Leopoldo... Declaró el de Bohemia la guerra al imperio, y con un grueso egército dispuso la marcha á sus fronteras: el Baron de Croix, íntimo amigo de Alberto Teodoro, y soldado de reputacion, fue electo general, y con un corto egército pasó

á fortificar las plazas de Croak y Cambak, por defenderlas del furor de las armas de Enrico, que rápidamente penetraban vencedoras por el imperio... pero Croix no nació para prosperidades: bien pronto se cansó la fortuna de protegerle; pues los honores y cargos que desde su infancia ganó en el campo de la gloria, vertiendo su sangre, y exponiendo su vida por la defensa de su patria, vino á perderlos en solo un dia: es inútil referir el por menor: solo os recordaré que despues de largo asedio que sufrió con las esperanzas de ser socorrido, se vió en la precision de entregarse á discrecion del enemigo.

Duq. Y bien, fuisteis soldado de Croix, y vienes á presentarte por el indulto ofrecido del Emperador?

Guill. Oidme, Señor: hasta aquí nada he dicho aun: voy, aunque parece temeridad, á exaltar vuestro furor, hasta hacerme acreedor de un terrible castigo; pero estoy resuelto, y no temo su fin desastrado, que tal resolucion me presta la inocencia.

Duq. Qué entereza! cómo te atreves á hablarme de esta suerte? no tiemblas?

Guill. De qué? si he llegado á acogerme á

vuestro patrocinio, seguro de que la nobleza no inspira viles venganzas, sino compasion hácia los desdichados.

Duq. Con este hombre se me olvida el modo de hablar: intimidado no encuentro voces para reprenderle: prosigue.

Guill. Quedó Croíx prisionero de las armas de Enrico, y fue conducido á Bohemia: se supo la funesta noticia de su desgracia, y pérdida en Viena. Empezó á murmurar el vulgo el descuido de vuestro padre, como á quien pertenecia proporcionar el socorro á los sitiados: llegó á los oidos del Monarca su descuido, y temiendo perder su privanza, hizo á Croix víctima de su yerro, pretextando que por inteligencia habia entregado á Enrico las plazas, probando en su Consejo de guerra, que en los bastimentos y tropas que á su cargo estaban, pudo Croix resistir el sitio hasta que se le proporcionase el soccrro.

Duq. Hombre, quién eres? quales son tus ideas en traer á mi memoria esos funestos recuerdos?

Guill. Lo sabrá V. E. brevemente: creida la injusta acusacion, fue Croix publicado por traidor en toda Alemania, confiscados sus bienes, desterrada su familia,

y sentenciado á perder la vida en un cadalso. No faltó un amigo compasivo que le avisase el peligro que le amenazaba: con oportuna fuga le evita, burlando el rigor de su enemigo; y temeroso que al confirmar las paces fuese uno de los capítulos, que Enrico, entregase su cabeza á la Alemania, como efectivamente se trató...

Duq. Impostor, ¿cómo te atreves á denigrar la memoria de mi padre, publicándole autor de las desgracias de su mejor amigo?

Guill. Porque vos mismo me lo habeis dicho.

Duq. Yo! cómo?

Guill. Sí, ved estos papeles. (*De una cartera saca un papel, le mira y se lo da, y el Duque lee.*)

Duq. Esta es mi letra y firma. ,, Mi amado amigo Federico de Croix, no puedo menos de hacer este obsequio á la amistad que nos enlaza: acusado por mi padre de inteligencia con Enrico de Bohemia, se ha decretado tu muerte; evita si es posible este funesto golpe, que en adelante es muy factible puedas justificar tu inocencia, si ahora te ocultas y guardas secreto. Tu invariable amigo, Carlos Teodoro de Vitemberg. Viena y Octubre 11

de 1700." Que es esto Cielos! eres tú Federico?

Guill. Sí: el que en otro tiempo llamaste amigo, el que te suplica que cumplas ofertas: muévante á piedad mis desdichas: si el padre ha sido mi ruina, sea el hijo quien me redima de ella.

Duq. Sí él es; aquella cicatriz (*Mirándole con atencion.*) de su rostro, la recibió por libertar mi vida.

Guill. Qué meditas, Señor? habeis olvidado ya á vuestro amigo?

Duq. Si eres Federico, por qué hasta ahora has ocultado tu existencia, cuando catorce años hace se publicó tu indulto, gracia que mi padre alcanzó del Soberano.

Guill. Porque en él era la indulgente humanidad de Leopoldo quien me concedia el perdon; y siendo inocente, qué habia de perdonarme? al fin yo era en aquel tiempo un traidor en la pública opinion, en esta habia de vivir, y mas que una vida afrentosa, preferí vagar por el órbe, desconocido: esta es la causa porque vestí el trage en que me vió V. E. hace pocos momentos; os parecerá increible; pues yo soy el sepulturero Guillermo, supuesto nombre que me encubre doce años hace.

Duq. No hay que dudar: es Federico.

Guill. Señor, moveos á compasion: si no pueden nada mis voces, mirad mi rostro, él os persuadirá con energía.

Duq. (*Aparte.*) Mi padre fue injusto, él inocente, debo hacerle justicia. Ola?

Guill. Qué intentais? acabad mi vida antes de descubrirme para hacer mayor mi ignominia.

Sale un criado. Señor.

Duq. Mi tren y tiros se prevengan al instante para partir á Viena.

Criad. Quedo enterado del órden. *Vase.*

Duq. Ven conmigo.

Cuill. Dónde, Señor? que vais á hacer?

Duq. No temais. (*Abre una papelera, y busca en ella el indulto.*)

Guill. En mi inocencia tu umistad confio, (*Ruido dentro.*) pero qué significa este ruido.

Dent. Criad. Deteneos, Señor.

Dent. Teod. Dexadme que le mate.

Dent. Carol. Teodoro mio.

Salen Criados deteniendo á Teodoro y Carolina: Frosart huyendo se echa á los pies del Duque.

Fros. Señor, salvad mi vida.

Carol. Perdona á Frosart, perdónale Teodoro mio.

Teod. En vano buscas asilo á los pies de mi padre; traidor, tú le engañaste, tú ocultaste á Carolina para satisfacer en ella tus impuros deseos, y ningun respeto te libertará de la muerte.

Quiere herirle, el Duque se interpone, y repara en Carolina, ella procura ocultarse.

Duq. Detenedle Criados: pero que veo! Carolina á mis ojos: y dentro de mi propio palacio? Tienes valor, mal hijo, tú que culpas, y quieres castigar á Frosart, de poner á mi vista esa muger que detesto? Al punto, sin dilacion alguna, salga de mi palacio; salga con la ignominia que merece.

Teod. No os acerqueis, si no quereis morir. *(A los criados)*

Guill. Salga pues del palacio; pero salga con ella para oprobio de tu antigua amistad su desdichado padre.

Duq. Quién, tú?

Teod Guillermo padre suyo?

Carol. Vos mi padre, Señor?

Guil. Yo tu padre, hija mia, á quien desdichas y enemigos han condenado á vivir lejos de su familia, sin patria ni hogar, y mendigando su sustento. Ven á mis brazos, amor mio; descansa en ellos; enjuga con tus manos mis làgrimas, y con-

suela con tus caricias mis cansados años, y mis antiguas penas.

Carol. O padre mio! y con cuanto gusto cumpliré la obligacion que me imponeis pero cómo habeis descubierto..?

Teod. Es verdad: cómo habeis descubierto..?

Guill. Las señas que me disteis me guiaron á casa de mi esposa: la hablé, la examiné y á pesar de la alteracion de sus facciones reconocí á la desdichada. Ella me contó con lágrimas de placer y dolor la historia de sus desventuras, y confirmó con su noticia lo que me dixo el corazon al ver á Carolina. Ahora, Carlos, (*Al Duque.*) si la amistad de tantos años juveniles, si esta herida que miras en mi rostro, recibida por tí, y en testimonio de mi afecto, pueden algo contigo, haz dichoso á tu hijo, y con él á la familia de tu amigo; pero si quieres añadir otra injusticia de tu padre, los dos estamos á tus pies, y nos sujetamos á tu arbitrio.

Duq. Levanta, Federico, no me avergüences mas, ni creas que tu mejor amigo quiere agravar tus infortunios, y el dolor de Teodoro, nogándose á tu justa demanda: y tú hija mia (que ya desde ahora te llamaré con este nombre) sé venturosa con Teodoro, y da en este palacio

el exemplo de todas las virtudes.

Teod. Carolina, bien mio; el contento me ahoga: no puedo respirar. Padre mio pues ya lo sois de Carolina, reconoced en mí a vuestro querido Teodoro.

Duq. Y tú reconoce y respeta en Carolina á la heredera del valeroso Federico de Croix: Federico, despues de reposar algunos dias de tus trabajos anteriores, iremos á la corte, á fin de que el Emperador te reintegre en tus antiguos honores y bienes: para ello existe en mi poder un documento firmado de mi padre en sus últimas horas: ahora solo falta castigar al iniquo que abusó de mi confianza y mi poder, para ultrajar y oprimir la virtud: Llevad á Frosart à una estrecha prision,

Carol. Señor..! (*Intercede por él.*)

Guill. Querido Carlos...

Duq. No, amigos mios, yo he sido justo con vosotros, dexadme serlo con Frosart: llevadle. *Vanse.*

Carol. Y mi madre, Señor?

Guill. Vamos al punto á verla, y á conducirla con nosotros: pero primero tributemos justas y fervorosas gracias al Dador de las felicidades que gozamos, porque despues de tantas desventuras nos ha mirado con ojos de misericordia y amor.

FIN.

